

ELLY  
Griffiths



EL SECRETO DEL  
CONTRABANDISTA

LOS MISTERIOS DE JUSTINA JONES

MAEVA  young

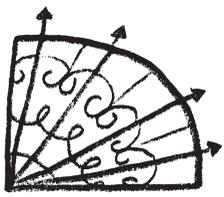
Para Gabriella y Rafael Brown

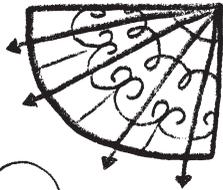


# HIGHBURY HOUSE

*Escuela para señoritas de buena familia*

(PLANTA BAJA)





ESCALERA  
DE SERVICIO

ESCALERA  
PRINCIPAL

ESCALERAS AL  
TORREÓN SUR  
Y AL SÓTANO

ESCENARIO

SALÓN DE  
ACTOS

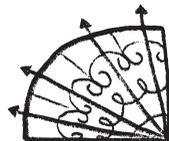
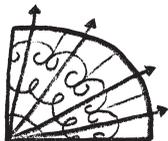
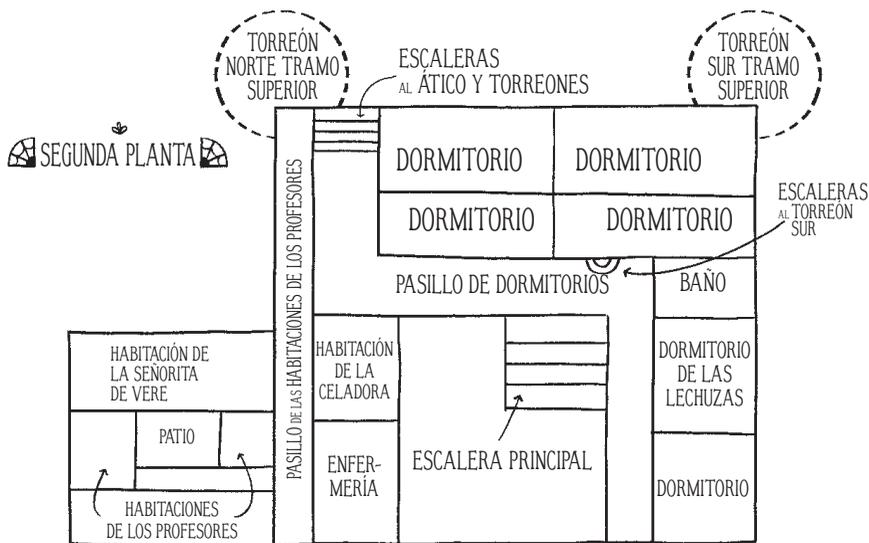
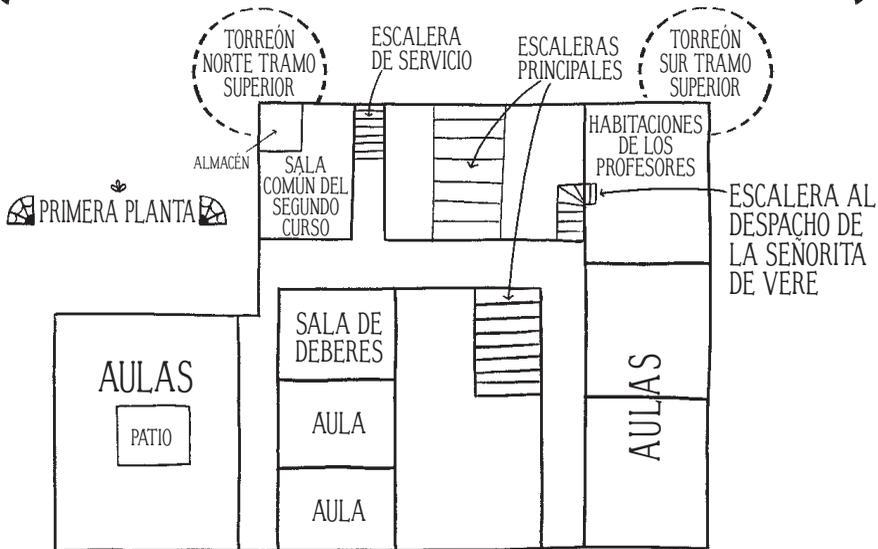
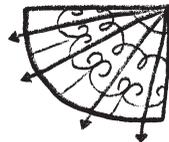
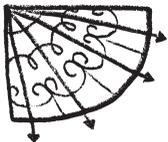
GRAN  
VESTÍBULO

BIBLIOTECA

PUERTA  
PEQUENA

PUERTA  
PRINCIPAL





# HIGHBURY HOUSE

*Escuela para señoritas de buena familia*

## *Personal del colegio*

Directora	Señorita Dolores de Vere
Subdirectora y profesora de Latín	Señorita Brenda Bathurst
Profesora de Matemáticas	Señorita Edna Morris
Profesora de Lengua	Señorita Susan Crane
Profesora de Historia	Señorita Ada Hunting
Profesora de Ciencias y Arte Culinario	Señorita Eloise Loomis
Profesora de Dramaturgia y Oratoria	Señorita Joan Balfour
Profesora de Música y Geografía	Señorita Myfanwy Evans
Profesor de Francés	Monsieur Jean-Maurice Pierre
Profesora de Educación Física	Señorita Margaret Heron
Celadora	Señorita Maureen Robinson
Ama de llaves	Señora Jean Hopkirk
Jardinero y Mantenimiento	Señor Robert Hutchins
Doncella	Dorothy
Camarera	Ada

# *Segundo Curso de Highbury House*

Tutora: señorita Morris

Irene Atkins

Alicia Butterfield

Moira Campbell

Cecilia Delaney

Eva Harris-Brown

Stella Goldman

Joan Kirby

Justina Jones

Flora McDonald

Elizabeth Moore

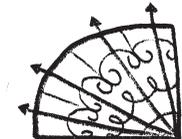
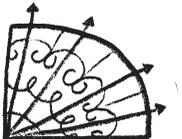
Freda Saxon-Johnson

Leticia Smith

Susan Smythe

Rose Trevellian-Hayes

Nora Wilkinson





*Enero de 1957*

La siniestra silueta de Highbury House se iba acercando cada vez más y más. Justina pensó que, ahora que conocía el lugar, aquellos torreones y los muros espe-luznantes del edificio ya no poseían la fuerza necesaria para infundirle miedo. Pero, de todos modos, el colegio presentaba una imagen sobrecogedora, erguido, allí, con las luces del atardecer, surgiendo en medio de las marismas, con unos pájaros —o probablemente mur-ciélagos— revoloteando alrededor de las cuatro torres. Aún quedaba algo de nieve, aunque en Londres las ca-lles llevaban limpias muchas semanas. Justina se ale-graba de que su padre hubiera decidido acompañarla; iba canturreando una cancioncilla, con las manos

relajadas y apoyadas en el volante. Era muchísimo mejor que la primera vez que llegó al internado, pues en aquella ocasión había ido sola en un taxi que conducía el siniestro Nye.

—¿Cómo estás? —preguntó su padre, como si hubiera adivinado lo que pensaba.

—Bien —contestó la niña—. Estoy deseando volver a ver a Stella y a Dorothy.

—Stella es una niña encantadora —dijo su padre. Había estado en casa en Navidad.

—Sí —dijo Justina—. Aunque a veces es un poco reacia a saltarse las normas del colegio.

Su padre hizo una mueca.

—Procura no saltarte demasiadas reglas este trimestre, Justina.

Estaban ya cruzando la gran verja del colegio, que estaba abierta, aunque por lo general se encontraba cerrada a cal y canto. El cartel que colgaba de la cancela decía, en implacables letras negras:

*Highbury House*  
*Internado para señoritas*  
*de buena familia*

Mientras avanzaban poco a poco por el interminable camino que conducía al colegio, se cruzaron con algunos

coches que, probablemente, ya habían dejado allí a otras niñas: un Rolls Royce, con una banderita en el capó, que debía de ser de los padres de Rose; una camioneta que conducía un hombre que era igualito que Nora —hasta en las gafas torcidas— y varios vehículos normales con padres de buenas familias dentro.

El padre de Justina aparcó delante de las grandes puertas de roble. Ella salió, con su bolsa de viaje en la mano, y sintió un escalofrío por culpa del viento gélido. Hutchins, el hombre-para-todo del colegio, apareció de repente, sin saber de dónde, y se encargó del baúl de Justina. Para su sorpresa, el hombre le dio una palmadita en el gorro y le dijo:

—Bienvenida de nuevo, señorita.

—Gracias —contestó ella—. Espero que haya pasado una buena Navidad.

—Sí, gracias, señorita. —Hutchins se alejó dando trompicones. El padre de Justina la tomó del brazo y juntos entraron al enorme vestíbulo del colegio, con sus armaduras y sus retratos de la familia Highbury, muertos hacía mil años. Había una mujer, con indumentaria de enfermera, junto a la chimenea encendida.

—Tú debes de ser Justina Jones —se presentó—. Soy la nueva celadora. Puedes llamarme señorita Robinson.

Justina no se atrevió a contestar enseguida, porque la mujer era casi la cosa más terrorífica que había visto en

su vida. Era alta y delgada, con el pelo negro recogido atrás en un moño riguroso, y tenía una nariz y una barbilla prominentes, como los dibujos de brujas que hacen los niños. El padre de Justina se quitó el sombrero educadamente.

—Buenas tardes, señorita Robinson. Soy Herbert Jones, el padre de Justina.

La celadora inclinó la cabeza con una amable reverencia.

—Encantada de conocerle, señor Jones. Justina, ¿tienes tu certificado de salud?

La muchacha revolvió en su bolsa de mano y lo sacó. Sabía que había llegado el momento de despedirse de su padre y solo quería que ese momento pasara cuanto antes.

—Adiós, papá —se despidió—. Espero que tengas algunos juicios de asesinatos jugosos. —La señorita Robinson se apartó un poco. Y Justina se lo agradeció.

—Adiós, Justina. —Le dio un beso y un abrazo rápido—. Que tengas un buen trimestre. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo—. No olvides enviarme alguna «caja de contrabando».

No esperó para ver marcharse a su padre. Se dirigió a la puerta del fondo del vestíbulo, subió por la escalera de servicio y, recorriendo la larga galería, se encaminó hacia los dormitorios. Le pareció que había algo

agradable en el hecho de conocer ya el camino. Se detuvo en la puerta con el cartel «LECHUZAS», inspiró hondo y abrió.

Parecía que la habitación estaba llena de chicas hablando todas a la vez.

—¿No es encantadora?

—Es guapísima, igual que una princesa de cuento.

—Y parece tan amable. Se acordaba de mi nombre. «Hola, Eva», me dijo. Como si me conociera de siempre.

—Y sabía que yo era la capitana del equipo de *lacrosse*. Me dijo que teníamos que hablar sobre ello...

Justina suspiró y dejó la bolsa de mano sobre la cama. Casi había estado deseando volver a ver a las Lechuzas, pero, ahora que estaba allí, delante de aquella algarabía, empezaba a cambiar de opinión. Además, Stella ni siquiera había llegado todavía.

—¿La has visto, Justina? —preguntó Eva, con los ojos resplandecientes.

—¿A quién?

—A la señorita Heron, la nueva profesora de Educación Física. Me dijo: «Hola, Eva».

—Sí, ya... —dijo Justina—. Ya he oído. Increíble. No, no la he visto. Acabo de llegar. Pero he conocido a la nueva celadora —añadió.

—Ah, ¡es espantosa! —exclamó Rose mientras se cepillaba el pelo en el único espejo de la habitación, que

estaba tan alto que una tenía que subirse a una cama para ver su reflejo.

—Me cae bien —afirmó Justina. En realidad no había tenido tiempo de formarse una opinión, pero ya estaba deseando llevarle la contraria a Rose, en parte porque la niña siempre estaba segura de que todo el mundo pensaba como ella.

—Muy propio de ti —dijo Rose sin volverse y sin dejar de mirarse al espejo.

—A mí me dio un poco de miedo —admitió Nora colocándose las gafas—. Parece una bruja.

—No digas eso —le regañó Eva, fingiendo un escalofrío con aire melodramático—. Podría lanzarnos un hechizo.

—No seas tonta —protestó Rose—. ¿Dónde se ha visto que haya brujas en un internado? Muévete, Justina. No querrás llegar tarde a la cena. Vuelvo a ser la delegada del dormi y puedo ponerte una falta por mala conducta.

Stella no llegó hasta mitad de la cena. Justina, que había intentado en vano comer lo que tenía en el plato (una especie de pudín que las chicas llamaban «niño muerto»), se levantó de un salto y gritó:

—¡Stella!

Desde la mesa de las delegadas, Helena Bliss, la delegada principal, le lanzó a Justina una mirada amenazadora.

Esta le hizo un pequeño saludo con la mano, porque sabía que aquello la irritaría sobremanera, ya que Helena Bliss tenía un elevado sentido de su propia dignidad.

Stella se acercó a la mesa: parecía cansada y bastante harta. Aún no llevaba puesta la ropa del colegio y, por un segundo, dio la impresión de ser una extraña.

—¿Por qué no te has cambiado? —le preguntó Rose a modo de saludo.

—La nueva celadora me dijo que podía venir a cenar así —contestó Stella sentándose junto a Justina—, porque ya era muy tarde.

—¿Y por qué has llegado tan tarde? —preguntó Eva—. ¿Habéis tenido algún accidente?

—El coche de mi padre se averió —informó Stella— y tuvimos que caminar mil kilómetros hasta encontrar un taller.

A Justina le dio la impresión de que Stella quería cambiar de tema. Por fuera parecía que estaba tan tranquila como siempre, pero Justina pudo ver indicios de... una leve tensión en la mandíbula y una pierna moviéndose nerviosa bajo la mesa. Sabía que la familia de su amiga era pobre y que su coche estaba viejo y destartalado. Se imaginó a Stella y a su padre caminando por las marismas y un escalofrío le recorrió la espalda. Recordó la primera vez que vio las marismas

de Romney y el apunte que escribió en su diario: «Posibilidades de escapar del colegio sin ser vista: mínimas». En realidad estaban aisladas en Highbury House, solas en medio de esas inmensas y aburridas tierras pantanosas, a mil kilómetros del pueblo más cercano. El trimestre anterior, en pleno invierno, se habían quedado incomunicadas por la nieve y con un asesino suelto en el colegio. Pero le había prometido a su padre que no se preocuparía por eso.

—Me alegra que estés aquí —le dijo a su amiga Stella—. Tengo pastel de frutas en el dormi.

—Genial —contestó Stella, que estaba comiéndose lo que tenía en el plato procurando tragarlo sin saborearlo. «Probablemente esa es la mejor manera de comerlo», pensó Justina. Sin embargo, ella aún no había adquirido la destreza de tragarse esa espantosa bazofia solo por ingerir algún alimento.

—Podemos hacer una fiesta —aventuró Eva—. Una Fiesta de Bienvenida. ¡Hemos vuelto a casa!

«¿A casa?», pensó Justina. El colegio no era una casa. Su casa estaba en Londres, con las alfombras y las cortinas que había comprado su madre, y con su habitación, con todas sus novelas de misterio y de crímenes en las estanterías. Pero, en aquel momento, el colegio se parecía bastante a un hogar: las chicas hablaban mientras

comían, las lámparas estaban encendidas y las cortinas corridas para ocultar la noche.

—La nueva profesora de Educación Física es encantadora —le dijo Eva a Stella.

—Sabía que yo era la capitana del equipo de *lacrosse* —insistió Rose—. Y espero ser la del equipo de tenis en verano —añadió con su habitual y sobresaliente confianza en sí misma, probablemente justificada en ese caso—. ¿Tú juegas al tenis, Justina?

—Por supuesto —contestó ella, que había lanzado una vez una pelota de tenis contra una pared.

—El trimestre de primavera promete ser superdivertido —comentó Eva.

Justina miró a todas sus compañeras. Las cinco Lechuzas estaban otra vez juntas: Rose, acicalándose el pelo y admirando su propio reflejo en una cuchara; Stella, aún algo nerviosa, mordiéndose el labio mientras seguía pensativa; Nora, como siempre, colocándose bien las gafas, y Eva, iluminando la mesa con su alegría.

«Bueno, puede que sea un buen trimestre», pensó Justina. Se sintió un poco avergonzada por desear que también hubiera un espeluzante crimen sangriento que pudiera resolver.